



UN CUENTO EJEMPLAR

HACE algunos años, vivía en una cabaña de los montes de Extremadura, una familia de gente pobre. La familia se componía del abuelo, la abuela, el padre, la madre y Fernandito.

El abuelo, yacía en el lecho desde muy joven, víctima de una parálisis producida por un rayo, y la abuela estaba ciega, porque una noche que trataba de encender un quinqué de petróleo, le explotó en la cara. El padre de Fernandito había perdido los dos brazos un día que se distrajo en la serrería mecánica en la que prestaba sus servicios, mientras que la mamá de Fernandito sufría de asma, lo que no le impedía hacer las faenas de la casa, aunque como es de suponer con grandes dificultades.

El único que luchaba y trabajaba para sacar adelante a la familia era Fernandito. A pesar de tener solamente once años, cortaba la leña, ordeñaba las vacas, sembraba los campos, recolectaba la aceituna, cuidaba las cabras, trabajaba en una mina de carbón y regaba la huerta.

Todos los días salía de su casa al amanecer y no regresaba hasta muy entrada la noche, y a pesar de volver cansado de la faena, aún le quedaban fuerzas para dar un beso al abuelito, leerle el periódico a la abuela ciega, charlar un rato con su padre y ayudar a su madre a quitar la mesa.

Fernandito nunca se quejaba de su destino, por el contrario era muy feliz cortando leña, ordeñando las vacas, sembrando los campos, recolectando la aceituna, cuidando las cabras, trabajando en la mina de carbón y regando la huerta.

Su madre cada noche le decía:

—Esto no es vida para ti, hijo mío.

También el padre de Fernandito le decía:

—Hijo mío. ¡Cuánto trabajo para ti, tan joven!

Pero Fernandito siempre respondía con una sonrisa.

Cuando Fernandito cumplió los catorce años, aprovechando sus ratos libres y luego de haber hecho su trabajo diario, empezó a estudiar electrónica por correspondencia, y puso tanto empeño en los estudios, que dos años más tarde recibía su diploma de la academia RADICO. No obstante la alegría que esto suponía para la humilde familia, Fernandito siguió dedicando su tiempo libre a los estudios por correspondencia, y a los veintiocho años era Perito Mercantil, Especialista en motores Diesel, Practicante, Relojero y Aparejador.

Pudo haberse ido a Suiza, a Alemania, a Francia o incluso a los Estados Unidos como hacían otros jóvenes de la comarca, sin embargo, Fernandito prefirió seguir cortando leña, ordeñando a las vacas, sembrando los campos, recolectando la aceituna, cuidando las cabras, trabajando en la mina de carbón y regando la huerta. Pero en el comedor de aquella cabaña de gente pobre, estaban colgados los diplomas que acreditaban a Fernandito como Radiotécnico, Perito Mercantil, Especialista en motores Diesel, Practicante, Relojero y Aparejador.

Y sigue levantándose antes del amanecer y regresando a casa muy entrada la noche, y le sigue leyendo el periódico a la abuela ciega, dando un beso al abuelo paralítico, charlando un rato con su padre y ayudando a su madre a quitar la mesa.

Lamentablemente, quedan pocos hijos como Fernandito en nuestro país. ■ GILA.

LA VIOLENCIA

ACTIVA



PASIVA



DIALECTICA

